

Danamá, 31 de Octubre de 1917.

AÑO
II



PRELUDIOS

(REVISTA MENSUAL)

Organo de los años superiores del Instituto Nacional de Panamá

NUM.
6



FERNANDO ROBLES DIRECTORES: ANTENOR QUINZADA

Nota Editorial



EN estos momentos solemnes para la historia de la humanidad en que se escriben con sangre los derechos del universo violados por un autócrata de cetro y corona, en estos momentos de dolor, la América latina sólo ha tenido un corazón para sentir y unos mismos labios para aclamar las victorias de la raza y tributar su admiración sincera a la legendaria España que en las actuales horas de prueba se muestra tan hermosa y radiante de grandeza como en los tiempos más gloriosos de Carlos V cuando este soberano decía que en sus dominios no se ponía el sol.

El 12 de Octubre ha tenido resonancias mil en el corazón de todo americano que se enorgullece de una raza que ha dado en todas las pocas artistas excelsos que como Vinci puso toda su alma en una obra o que como Cervantes puso el genio luminoso de una idea en una novela que ha de ser las delicias de los mortales que aprecian el valor intrínseco de una joya de Arte; de una raza soñadora que ha dado al mundo taumaturgos del verso que como el genial Espronceda el divino Rubén Darío nos extasiarán por mucho tiempo con la magia de sus adjetivos precisos, de una raza en fin, que tiene en sus páginas de leyenda el nombre de Colón quien con gesto de heresiarca cruzó un mar tempestuoso y enigmático para descubrir la Atlántida perdida de Platón.

Y es por eso, por lo que la América toda busca en su corazón de origen enamorada sus más bellos sentimientos para ofrendarlos en forma de discursos y proclamas en el altar querido de la madre patria.

Así y no de otro modo se puede considerar el carácter que ha tenido para nosotros la Fiesta de la Raza.

Lo dicho por nosotros, probado está con la serie de veladas públicas que se celebraron para honrar la memoria del inmortal genio, entre las cuales ocupa el primer lugar la efectuada en el Institu-

to Nacional en la cual pudimos oír la palabra autorizada del Dr. Ramón M. Valdés, actual Presidente de Panamá, junto con la palabra no menos elocuente del Conde de San Simón, representante de España en nuestra República.

También se dejaron oír el Dr. Ricardo J. Alfaro y don Enrique Geenzier, éste en representación del poeta nacional Ricardo Miró quien no pudo leer su poema por una ligera afonía que le aquejaba; el primero con un grandilocuente discurso y el segundo con un poema intitulado «La voz de la Raza» en el cual todo contribuye a causar una impresión magnífica desde el asunto que es elevado y noble hasta la metrificacón que es sabia y majestuosa.

LA CAÑA DE AZUCAR (1)

Ardua, sumamente ardua es la tarea que nos ha impuesto el maestro; pero el deseo de expresarles a mis queridos condiscípulos el resultado satisfactorio que se obtiene del buen cultivo de la caña, me vence y háceme acometer la tarea, aunque sea expresada con palabras pálidas y sin brillantez de estilo.

La agricultura, queridos condiscípulos, es lo que da vida y progreso a muchas naciones.

Si nosotros dedicáramos nuestras fuerza a la agricultura de seguro q' en poco tiempo, obtendríamos un resultado satisfactorio y ocuparíamos un puesto entre las naciones civilizadas como Estados Unidos, Italia, Francia, Alemania, Inglaterra, etc.

¡Qué placer no sentiría nuestro corazón si un viajero, al pasar por los llanos de nuestro fértil terruño, se quedara extasiado

viendo rebosar en ellos la agricultura y se admirara si viera en ellos un gran cañaveral que se destacara a lo lejos como una inmensa alfombra de esmeraldas salpicada de trecho en trecho con un ingenio o un trapiche! De seguro que sin vacilar dejaría escapar de sus labios alabanzas a nuestro pueblo. Pero nosotros estamos muy ajenos de imitar al hermano de Caín, a Abel, aquel agricultor por excelencia de que nos habla nuestra Santa Escritura; nosotros sólo deseamos ser abogados, literatos, doctores, etc. y agricultores jamás; imaginamos que es una deshonra el trabajo del campo.

Espero, queridos compañeros, que en lo futuro, cuando hayáis formado un carácter serio os dediquéis sin rodeos al cultivo del suelo y que con especialidad dirijáis vuestras miradas a la caña

(1) Composición por un alumno del 4º grado de la Escuela de Varones de Antón.

de azúcar, para que progreséis deis a nuestro terruño vida y progreso.

Os ofrecí daros unas pocas lecciones del cultivo de la caña de azúcar y cumpliré.

La caña de azúcar es una de las producciones de nuestro país que más productos y buenos rendimientos nos dan. Es una de las riquezas de nuestra flora, tan rica es que hasta el pobre y humilde labriego cultiva tan importante planta. Esta hierba se reproduce por medio de estacas, el terreno donde se siembra debe estar completamente arado pues las hierbas malas que allí se encontraban se habrían robado la sustancia alimenticia aérea, y en tales casos es preciso sustituirla con una capa de tierra subterránea para que nos dé un producto exuberante.

La caña debe estar sembrada a medio metro de distancia una de otra pues de lo contrario no produciría suficiente sustancia y nos daría un producto raquítico e inabundante. Debe escogerse para sembrarla un lugar que tenga re-

gular cantidad de humus, pues ésta es una sustancia alimenticia para la planta.

En donde se siembra la caña deben hacerse surcos para impedir que el agua se introduzca en el predio donde se siembra y con el objeto de que el encargado del cañaveral pueda transitar por allí sin dañar las plantaciones. Cuando la caña florece se corta, luego se muele y seguidamente se cuece el jugo con el objeto de sacar las diferentes materias primas para la fabricación del azúcar. Nosotros no debemos cultivar la caña de azúcar con el fin de fabricar la execrable bebida del aguardiente, líquido éste que es la perdición del hombre, el causante de los grandes crímenes, de todas las cosas abominables de la vida y el que produce la desmoralización de grandes naciones.

Debemos cultivar la caña de azúcar con el objeto de producir la azúcar una de las materias primordiales para el desarrollo y progreso de los pueblos.

R. ORTEGA.

“ALGO SOBRE LA HISTORIA”

Sin duda alguna, es la Historia una de las ramas del saber que más han interesado a la mayor parte de la humanidad, puesto que revela a los hombres el secreto de la prosperidad de los pueblos y las causas de su decadencia; en ella encuentran ocupa-

ción los investigadores, ejemplos y enseñanza los moralistas. Los relatos históricos deleitan como la novela e interesan no sólo a los que desean conocer el pasado sino también a los que se dedican al cultivo de las bellas artes, a las investigaciones socia-

les o a las especulaciones filosóficas. Desgraciadamente la historia en los comienzos está atestada de narraciones o relatos confusos e incompletos y acontecimientos vagos e incoherentes, los cuales han llegado hasta nosotros por medio de los mitos, leyendas y tradiciones que los hechos falsean por así decirlo. Como sabemos, las tradiciones son relatos anónimos que han pasado de generación en generación y que a medida que pasan los años se hacen más ricas en invenciones, anécdotas y episodios. El historiador en ese entonces no averiguaba la causa de los hechos; pero el método histórico ha ido evolucionando poco a poco y no hace menos de veintidós siglos que se establecieron las primeras reglas fundamentales de este género literario y fueron Tucídides, Polibio, Diodoro Sículo y otros los primeros cronistas que impusieron al historiador la triple obligación de la imparcialidad, la independencia y el estudio.

Hoy debe la Historia a los filósofos su progreso, pues ellos no se limitan como los historiadores a exponer las reglas de este arte, complejo en digresiones incidentales; ellos lo hacen objeto directo de sus estudios sin salir del terreno de las especulaciones abstractas.

Corresponde a Cicerón el honor de haber sido el primero que se propuso determinar especulativamente las reglas fundamentales del arte histórico.

Hoy el método histórico facilita al historiador los medios para estudiar los acontecimientos que él no ha podido presenciar y demás

dificultades con que pueda tropezar.

La metodología parte de este principio: *la fe en el testimonio*, entendiendo por testimonio documentos y relaciones que den fe de los acontecimientos que se van a estudiar; acerca del testimonio priva en historia lo que se llama principio de autoridad, es decir, que el historiador acepta de buena fe los relatos que le suministran las generaciones anteriores; pero como puede haber error en esos testimonios, el historiador tiene que hacer de ellos un estudio de discriminación. En seguida tenemos el principio de *la división del trabajo*. Como nuestra vida es tan corta que no podemos historiar la vida de un pueblo durante 100 años, el historiador ante esa imposibilidad material se concreta a narrar determinados hechos. Otros de los auxiliares que posee el historiador son los medios de la tradición histórica que pueden ser documentos escritos, anales, cartas y narraciones, monumentos, medallas e inscripciones, etc. Del estudio de cada uno de estos documentos nacen la Numismática, la Heráldica, la Cartografía, la Arqueología, la Epigrafía, etc., ciencias todas auxiliares del historiador.

Una vez reunidos todos estos documentos, el historiador procede inmediatamente, por vía de razonamiento, a hacer la crítica interna y la crítica externa.

Entiéndese por crítica externa la que se hace en relación con el medio ambiente en que se desarrollan los fenómenos y por crítica interna el análisis detallado de los mismos docu-

mentos históricos con el objeto de discernir en el documento lo que puede ser aceptado como verdadero.

Una vez que ya se tienen todos estos documentos condensados y ordenados y que se les ha hecho la respectiva crítica, se debe proceder a exponerlos en forma correcta y elegante.

Para terminar este bosquejo del método histórico trataré brevemente sobre la *crítica de sinceridad*. Es preciso convencerse de la sinceridad del historiador al narrar los hechos, pues éste, como todo ser humano, tiene pasiones que lo obligan a adulterar las narraciones; ya sea que tenga simpatías o antipatías por un grupo de hombres, nación, partido, secta, familia, institución o doctrina, o ya porque ha sido

arrastrado por la vanidad individual o colectiva a mentir, para hacer valer su persona; o ya sea, en fin, porque ha querido agradar al público, o al gobierno (de quien ha recibido algún beneficio) con artificios literarios, deformando así los hechos para hacerlos en su opinión más bellos.

Con estos precedentes resulta a veces que llegado el momento en que los historiadores tienen que escribir la historia más sagrada, la historia de su suelo, sus plumas enmudecen, y cuando hablan, mienten y se degradan tan sólo por no chocar con el sentimiento nacional o por no exhibir ante el mundo las llagas de la madre patria.

FEDERICO NAAR.

EL ARCHIPIELAGO DE LAS PERLAS

A J. M. Vásquez, con sincero afecto.

Descoso de conocer más detalladamente el Archipiélago de las perlas, emprendí un viaje a dicho lugar durante las vacaciones. Partí el martes 4 en la gasolina «Cuest». La mañana de ese día era espléndida como las de Enero; el mar estaba tranquilo, sereno como la bóveda celeste en las noches de luna llena; el cielo, brillante, despejado de nubes, no amenazaba descargarse en lluvia. Así, toda la naturaleza sonreía

como nosotros y nos predecía un feliz viaje.

A medida que se apagaba el ruido de los coches, carretas, fábricas, locomotoras, etc., se iban sepultando los edificios costaneros, las chimeneas, las torres, hasta que toda la ciudad de Panamá quedó sumergida por completo bajo la superficie del océano. Pronto desapareció también toda señal de costa; sólo la isla Otoque quedaba en pie, único

oasis en aquel desierto líquido. La gasolina, proa S. E., se deslizaba velozmente rompiendo el agua con soberbia. De pronto, surgió allá en el horizonte gris azul una isla de forma triangular: Pacheca. Luego divisamos otra isla, dos más, tres; hasta que por fin apareció ante nosotros un grandísimo archipiélago cuyas islas, enteramente verdes, parecen sentadas sobre un lecho de fina arena blanca, y ostentan por doquier un añoso palmar de altos, esbeltos y columpiantes cocoteros.

Después de corta permanencia en la pequeña y hermosa rada de Pacheca (base de una escuadra de bucería), nos dirigimos a Saboga, distante 5 k. más o menos. Esta es una pequeña isla como Taboguilla, fértil, hermosa, de costas abruptas. Al Este se encuentra el puertecito, algo pintoresco, profundo y abrigado pero con difícil acceso al pueblo. Al cabo de 2 horas seguimos nuestro viaje por una serie de canales e islas, verdadero caos que parece interminable: al Norte, unos islotes; al Sur, Chaperá, isla Pájaro y otras islitas; por el Oriente, Contadora, y por Occidente, Saboga. Pero es un placer viajar entre ese laberinto poético; parece a veces que se navega en un pequeño lago, cuando de pronto, al doblar una punta, aparece una garganta líquida, como si la tierra se abriera para darnos paso.

Así, haciendo estaciones en los lugares de bucerías y siguiendo las revueltas de los estrechos, nos sorprendió la noche en todo el núcleo del archipiélago. Al fin aparecieron ante nuestra vista unas cuantas luces en medio de

esa oscuridad aterradora. ¡San Miguel! gritó el Capitán, y toda la tripulación se aprestó para contemplar el puerto. En ese momento vino a mi mente la aparición de una luz en la isla *Guana-hani* cuando los fatigados marineros de Colón vieron sus vidas amenazadas a perderse en la misteriosa entraña del Atlántico.

¡Tierra! gritó un pecho comprimido; tierra!!..... secundó el estampido del cañón.

El puerto de San Miguel es pacífico y bello, aunque no suficientemente profundo para el arribo de grandes buques; le sirven de abrigo dos islitas que interceptan los vientos veraniegos, los únicos que podrían perturbar la tranquilidad del tráfico. El pueblo está situado en un terreno desigual y pedregoso, caracteres casi exclusivos de toda isla y que degradan la estética del lugar, hacen disminuir su justa apreciación, sobre todo en invierno, cuando el transitar por las calles es una aventura, tanto más seria en esas tristes y tenebrosas noches en que no se piensa en otra cosa sino en reclinar la cabeza para dormir apaciblemente deleitado con la baja temperatura y el *chic-chic* interminable de la lluvia. En el verano el contraste es manifiesto, y más si el disco plateado se ensenorea por el espacio límpido derramando los dones de su majestad.

Gran número de las casas de San Miguel son pajizas, estéticamente colocadas las del N. O., que, situadas en medio de un hermoso palmar, dan una impresión agradable vistas desde el océano. Todos los edificios centrales son de

hierro acanalado, la mayoría cubiertos con madera, y varios de mampostería. Entre estos últimos podemos mencionar la iglesia, algo en abandono, y la escuela de niñas de 1er. grado. En síntesis: el pueblo es pintoresco en sus alrededores y visitable en la estación seca, cuando las desventajas quedan proscritas por la esplendidez de esta temporada. En ese tiempo se rompe la monotonía capitolina para recrear el espíritu por esos lares voluptuosos, y más en la época de la renombrada «Semana Santa».

En San Miguel no tenemos esos ríos que arrojan *niagarescos* borbotones, pero sí tenemos arroyos como el de Santa Cruz que nos brindan sus frescas y cristalinas aguas y que corren a la sombra de frondosos higuerones y de otros árboles copudos bajo los cuales, en los días de fiesta, forman los isleños sus paseos amenos que les brinda la hermosa naturaleza del lugar; las dos pequeñas isletas que se encuentran al frente del pueblo, de las cuales una se une a él por una ancha *vestinga*, son un excelente paseo en las encantadoras tardes y en las noches espléndidas, cuando la luna argenta la pequeña playa. Este es el principal paseo donde los isleños convierten sus fatigas en ensueños felices.

Los sanmiguelenses son católicos, añoran la independencia, el trabajo; son pacíficos y divertidos; se ocupan en la agricultura, la pesca de ostras y en la navegación, pero por desgracia son poco económicos. Es muy divertido cuando estos valerosos hombres parten a las bucerías o regresan de ellas; un sinnúmero de lanchas con todas sus blancas velas desplegadas semejan bandadas de ciclópeas y juguetonas gaviotas que no se elevan sobre la superficie del mar.

Oh! quién sabe cuántas riquezas no dejamos a nuestro paso cuando navegamos por esos mares de azules y cristalinas aguas del archipiélago! ¿Pero quién duda ser víctima de esas fieras marinas cuando penetremos en el líquido elemento? Y pensar que esos buzos, esos héroes, se arrojan sin escrúpulo alguno a buscar la vida donde pueden encontrar la muerte segura. Esto es sublime. Por esta noble virtud y por las grandes riquezas que le ha legado Natura, San Miguel debe ser no sólo la cabecera del Distrito de Balboa, sino uno de los principales pueblos de la República.

M. ARDINES JR.



UN CASO

En un lugar de cuyo nombre no me acuerdo, se estableció un hombre, célebre por sus bufonadas y charlatanerías, llamado José de Osorio, pero más conocido por el sobrenombre de José el Parrandero.

Era éste un hombre de talla hercúlea, un hombre fornido, sumamente robusto, dotado de voz altanera y de un carácter atrevido.

Su fisonomía no era atractiva: la nariz chata con ventanas bastante grandes, la boca demasiado prolongada, las orejas largas, parecidas a las de un vampiro, la frente angosta que demostraba su escasa inteligencia; las configuraciones del cráneo sospechosas; su tez morena y dura; sus cejas enteramente negras, pobladas y unidas; los ojos siempre rojos como si sufrieran alguna infección; el cabello no era cholo ni crespo, era de esa clase de cabellos que en mi tierra llaman "maquencia", por encontrarse enroscado en forma de bolitas. Era feo y su fealdad denunciaba su alma: «*Monstrum in fronte, monstrum in animo*», diría un fisionomista que se ocupara en asuntos criminales. Tenía además una mirada de felino: nunca miraba de frente, siempre de soslayo, nunca hacia arriba, siempre hacia abajo; su mirada era de un hombre en cuyo interior no hierven los sentimientos generosos. Sus labios no son-

reían, así como tampoco pronunciaban palabras dulces.

Constituía un sér repulsivo, un germen peligroso para la sociedad, pues la envidia era su mejor consejera, su mejor amigo; constituía una de aquellas almas que nacen para el crimen, que nacen para ser los paladines de los vicios, de las maldades y de las protervas pasiones; era una de aquellas almas que vienen al mundo para darle forma, para ser los dialécticos de la escuela que tiene por principio la maledicencia.

* * *

Se cuenta que cuando este hombre disfrutaba de los albores de la juventud, que tiene el defecto de pintarnos todo color de rosa, su padre le envió a una ciudad, cuyo nombre no nos interesa, para que la deslumbradora luz de las ciencias y de las artes después de modelarle el carácter, lo colocara en el camino por el cual, además de los genios, han viajado los hombres talentosos y contrahídos al estudio, los espíritus rebeldes contra la mediocridad y los entes que en el yunque del deber y del ideal han realizado sus aspiraciones de la manera más gloriosa. Se cuenta, en otras palabras, que este hombre fue enviado a colegios de altas categorías, pero que como él no había nacido para ser amigo de las ciencias, y mucho menos de las

artes, los esfuerzos de su padre se frustraron.

Atraído por las parrandas y placeres, objeto de sus afecciones, abandonó las aulas, donde se modelan los futurós adalides del pensamiento, los bizarros de la pluma, los esbeltos paladines de las ideas y los bravos patriotas que en el mañana, con el valor que caracteriza a los que defienden una causa noble, esgrimían las armas de la palabra y de la prensa para derribar las malas instituciones y reprimir las cosas ilícitas que en el Estado abundan. Sí, de las aulas salen los que van a purificar, a sanear la nación de los gérmenes nocivos que la infectan. Los alumnos bien animados de ayer y los de hoy harán una patria digna de veneración por el orbe entero. Creedlo, lector.....

Antes de abandonar José el colegio decía a sus discípulos, cuando el maestro lo reprendía por su desaplicación: «mi padre me quiere mucho, él es rico y con el dinero que él me regale seré grande dondequiera que vaya.» ¡Absurda creencia! Pero ¿qué digo? Hasta cierto punto tenía razón, porque en esta mi tierra he visto guardárseles consideraciones y llevárseles a altos puestos públicos (a la Asamblea Nacional, por ejemplo) a ciertas personas que por sus condiciones morales e intelectuales están muy lejos de tal merecimiento y eso tan sólo porque poseen unos cuantos reales. Mas no nos guíemos por lo que este insensato decía, porque éstos que gozan de renombre en virtud del pecunio, se

esfuman con el soplo de la muerte. No sucede así con los que valen por la potencia de sus conocimientos, por su sólida instrucción, pues ellos después de bajar al sepulcro siguen viviendo mientras vivan las ideas, mientras prive el espíritu sobre la materia, mientras brille el reflejo de una mente idealista y fulgure el destello del Arte, mientras haya un laurel para el poeta, mientras se cincele una estatua en honor al guerrero, mientras se erija un monumento al sabio y se talle un altar para el héroe, en fin, mientras haya aplausos y glorias para los hombres grandes.

Confiado, pues, José de Osorio el Parrandero, en el valor de don Dinero, salió del colegio y luego echó a recorrer campos, pueblos y ciudades con el objeto de conocer toda clase de juegos y hacer acopio de vicios que como vos, lector, sabéis, suelen presentársenos con raros y bellos atavíos, para así seducirnos, digo mal, para así seducir a los caracteres débiles, para así envolver fácilmente a los faltos de voluntad y de valor moral que para bien de la humanidad deben eliminarse, pues ellos no pueden engendrar sino generación decadente y enfermiza.

Como aventurero pasó varios años, hasta que se vió obligado volver a la casa de su padre hecho una bazofia humana moralmente, física, eso no se diga, pues tenía una terrible enfermedad de la cual no se repuso sino después de un año y seis meses de padecimientos.

Durante el tiempo que estuvo en cama además de los medicamentos recetados le daban a to-

mar diariamente grandes drogas de moral, que era lo que más necesitaba para vivir bien. Pero por más que su padre y su madre, que delgada y pálida estaba de tanto sufrir, se afanaban en sanearle el alma a la vez que curaban el cuerpo, no lo consiguieron. El cuerpo se reconstituía, pero el alma no se limpiaba, esto era cosa difícil. Así es que tan pronto como se sintió restablecido le volvió a dar rienda suelta a sus instintos; montó de nuevo el corcel de sus pasiones y de sus malos deseos, y comenzó a darles sinsabores a sus padres que con dolor de corazón, pues era su hijo, se vieron en el caso de despacharlo de la casa.

* * *

Al verse despachado de la casa paterna en la cual se había robado una gran cantidad de dinero, se dirigió al lugar que como dije anteriormente no recuerdo su nombre, con el objeto de casarse con una joven con quien había llevado relaciones amorosas antes de que su padre le enviara al colegio. Pero fracasó en su proyecto a pesar de que la joven aún lo amaba, a pesar de que aún lo quería con delirio. Sabéis por qué? Porque esa joven era inteligente y la inteligencia, aunque muchos no lo juzguen así, domina la pasión, dirige el sentimiento, apaga el amor cuando el sér que lo inspira es indigno. La joven comprendía que casarse con él era arrojarse en brazos de la desgracia; tenía conocimiento de su vida de parrandas; sabía los males físicos que le atacaban, males que sobre todo recaerían sobre los hijos. Mas este fracaso no arrancó de sus ojos una lágrima; no le

entristeció ni por un minuto; en nada le afectó; prueba de ello es que se estableció en ese lugar con el descaro más grande, volviendo así a la vida habitual, que por unos días había abandonado para ver si realizaba sus deseos; buscó los tahures, los borrachos, los malhechores, los vagos más célebres del lugar y se asoció con ellos; su casa era la cantina y su alameda de paseos eran los barrios de prostitución, esos barrios que en honor a la verdad constituyen el foco de infección más grande moral y físicamente hablando.

¿Qué podría decirse de un hombre que vive en las cantinas, que no trabaja y que está constantemente ebrio, y que por compañeros busca gente de mala ley, individuos expatriados, personas sin religión y por consiguiente sin moral? Podría decirse que es un candidato para el presidio. «que es un candidato para el patíbulo» dirían los que aceptan la pena de muerte. Y en efecto José el Parrandero lo era. No pasó mucho tiempo, cuando manchó su estirpe, cuando cometió un asesinato en la persona de uno de sus amigos por haberle destrozado en una *chinga*, como decimos en el interior, los últimos reales que le quedaban del dinero que se había robado en la casa de sus padres. Y cayó en manos de la justicia, que en manos de los hombres honrados constituye la diosa más excelsa, la diosa más luminosa, más amable y severa.

Con esto ya se vislumbraba el fin de su epopeya; fue tomado preso, separándolo así de sus secuaces, que jamás volvieron el rostro a mirarle, y después de al-

gunos días fue llevado al banquillo donde sientan a los delincuentes, o mejor dicho a los acusados de algún delito, para ser juzgado por jueces de conciencia.

Es de más advertir, pues, que en ese lugar se practicaba el *juicio por jurado*, pero es necesario abrir un paréntesis en este relato huérfano de las bellas galas del lenguaje, para decir que allí sí constituía el Jurado una garantía, uno de los más brillantes triunfos de la democracia y un baluarte de la justicia. Así es que, dado el alto concepto que de esta noble institución se tenía, ningún perico de los palotes llegaba a ser su miembro. Para desempeñar este cargo se necesitaba que fuera una persona de cierta edad; lo menos que debía tener eran treinta y cinco años, pero se cuenta que jamás ocurrió el caso que un jurado contara menos de 50. Esto era natural porque, cómo es posible que un joven tenga la serenidad y experiencia necesarias para juzgar a un reo como las tiene un viejo? Además de la edad, que nos parece cosa insignificante cuando nos olvidamos que ella nos da la experiencia, se necesitaba que fuera un individuo de honradez y honorabilidad acrisoladas y de una conducta satisfactoria. Debía también tener alguna preparación jurídica porque siempre las cuestiones de hecho envuelven cuestiones de derecho. Los jurados no los escogían de entre las personas de mediana cultura intelectual, porque estas personas se dejan llevar, se doblegan ante la elocuencia arrebataadora de los buenos abogados, ante los sofismas de los ridículos tinterillos,

ante las figuras retóricas que impresionan el ánimo, que mueven el sentimiento, ante la actitud hipócrita de los reos o ante la falsedad de los testigos execrables.

Siguiendo mi relato os diré que el tribunal que iba a juzgar a José el Parrandero, estaba integrado por individuos adornados de las condiciones morales e intelectuales de que os he hablado. ¿Cuál sería la suerte de éste cuando el sumario estaba contra él, y más cuando los que lo iban a juzgar no eran personas venales? Todos presentían su paradero; todos opinaban que iría al presidio. En efecto, dos días después de la audiencia los diarios publicaban que el Juez, de acuerdo con el veredicto del Jurado, condenaba a José de Osorio a veinticinco años de prisión.....

Al saber el señor de Osorio, hombre de alta posición social, que su hijo había sido condenado a 25 años de presidio, perdió la calma, estuvo a punto de volverse loco. Habló, ofendió, vituperó a los jueces que habían administrado justicia rectamente. Pero después de haber reflexionado concibió la idea de comprar los guardianes de la prisión para que lo dejaran escapar.

El decía: «por lo general los centinelas son gente baja; ellos se venden; no es mucho el valor de su consentimiento o de su opinión y aunque lo sea yo tengo dinero, que todo lo puede.» Conseguió, pues, el señor de Osorio, mediante el desembolso de grandes sumas, la venta de los centinelas, pero todo fue en vano, por-

que este escarnio de la sociedad, no pudiendo vivir en la celda oscura, en la cual lo habían metido, por haberse acostumbrado a la vida holgada, momentos antes que llegaran los que a darle libertad iban, se abrió con una aguja las venas: se suicidó para dar

una prueba más de su alma depravada, de su espíritu desequilibrado de su gran cobardía y de su mente enferma.....

ANTENOR QUINZADA.

25 de Octubre de 1917.

DISCURSO

pronunciado el 12 de Octubre por la señora
Catalina Bernasconi, maestra del 1er. Grado de la Escuela Anexa
al Instituto Nacional

Señores, queridos niños:

Con fruición inexplicable vengo a rendir homenaje en esta fecha de gran significación histórica al genio sublime del inmortal marino genovés Cristóbal Colón, que tras la espesa neblina de inúmeros obstáculos vence y rasga el velo de lo desconocido mostrando a Dios y a los hombres el complemento del planeta: la tierra americana.

Su larga obsesión termina en este día en que sus glorias son el iris del triunfo inmarcesible de la humanidad. En su época fue la manifestación más oportuna que trajo al mundo bajo la capa del infortunio y de la desdicha, el ideal magno y de inconmensurable límite que nos diera raza, lengua, religión y costumbres. La adversidad que es connatural persiga de los genios, lo ata por mucho tiempo a la columna de la burla y del escarnio porque lo

superior siempre encuentra a su paso la valla del oscurantismo, contra la cual empeña lucha Colón, hasta conseguir hacer resplandecer con todo el fulgor la divina estrella del ideal supremo. Una mujer, magna y bella, Reina de Castilla, en comunión espiritual con el genio divino de Colón, ve también en el lapislázuli del infinito los montes seculares que el corazón de América escondía, y lo lanza al piélago espumoso con un grupo de intrépidos marinos que se entregan a la buena fe y propósitos de aquel gran hombre, quien no teme al caos que le presenta el océano ni a la duda torturante de quienes lo acompañan. En la penosa travesía su espíritu tenaz y bien templado en la fragua de sus infortunios, sólo ve optimismos, y el canto divino de Pan, desde las selvas de las Indias, le envía sus melifluidades; hasta que entre la penumbra de un día cuya fecha no escapará a

todo buen hijo de América, los europeos vislumbran en el horizonte las primeras luces de la realidad y de las glorias de un hombre, de un pueblo y de una raza que nace al mundo civilizado. Al acento de ¡tierra! los espíritus tiemblan y sienten júbilo indescriptible; se había realizado la más grande de las hazañas humanas, y el genio había alcanzado el pináculo de sus aspiraciones; y los frágiles navíos como gaviotas rendidas que quieren exhalar el último suspiro, se acercan vacilantes y la A-

mérica con sus gracias virginales se estremece con las pisadas del héroe, quien levantándola en sus manos eleva sus plegarias al cielo y la muestra a la madre España a quien toca toda la gloria que lo inmortaliza. Por eso en este día de nuestra raza, el pensamiento de los pueblos hispano-americanos en concentración sublime le erigen a su memoria el tributo de esta fiesta que hace perenne el recuerdo de ese vidente, único padre de la raza.

He dicho.

RENUNCIA

Panamá, Octubre de 1917.

Dr. Presidente de la

«Sociedad Cervantes».

E. L. C.

Siempre he creído que es un deber de todo liceísta contribuir, en la medida de sus fuerzas, al sostenimiento de la «Sociedad Cervantes», pues la considero como fuente de orgullo para todos los alumnos del Liceo; una sociedad como la nuestra, formada por estudiantes, que durante más de tres años consecutivos subsiste y marcha hacia adelante contra viento y marea, es algo que no se ve a menudo. De aquí que desde la fundación de aquella haya sido yo uno de sus más entusias-

tas miembros y haya hecho todo lo que estuvo a mi alcance para impedir que su existencia durara lo que dura el calor del entusiasmo. Igualmente había creído que continuaría formando parte de ella mientras fuera alumno del Instituto Nacional. Pero hoy razones muy poderosas me obligan a presentar a Ud. renuncia irrevocable como miembro de la Sociedad Cervantes.

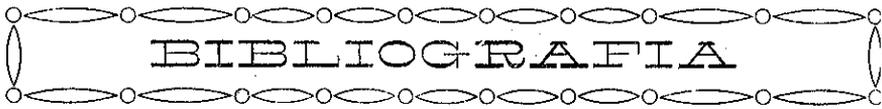
Después de escrito lo anterior se me ha informado que en las elecciones verificadas con el objeto de nombrar oradores para la próxima velada del 28 de Noviembre, he sido designado para hacer uso de la palabra en esa fecha; agradezco en todo lo que vale esta última e innecesaria dis-

tinción con que la Sociedad me honra, pero me veo también en el penoso caso de declinarla; sírvase, señor Presidente, expresarle mis agradecimientos a los socios que dieron su voto por mí, y suplicarles que hagan recaer ese nombramiento en otro alumno cuyas capacidades literarias hagan prever un triunfo para el

centro que Ud. dignamente preside.

Son mis deseos que la próxima velada resulte lo más esplendorosa posible, y con la esperanza de que ello se verifique, me suscribo de Ud., señor Presidente su atento servidor y amigo,

FABIÁN VELARDE.



BIBLIOGRAFIA

A nuestra mesa de redacción han llegado en calidad de canjes las siguientes revistas: «Mercurio» de Nueva Orleans, la «Revista Nueva», «Ateneo», del Salvador, «Arte», de Cuba, la «Niñez», de Bogotá, «Renacimiento», de Guayaquil, la «Revista Escolar», el «Boletín La Salle», «Atlántida» de Colón, y «Minerva», de Caracas, todas nítidamente impresas, con un selecto material de lectura. En el número de «Mercurio» correspondiente a Octubre, por ejemplo, vienen sesudos artículos que tratan de la guerra, hay otro de actualidades españolas intitulado la *Sal de las cosas* debido a la pluma gallarda de Marquina; también se publica en el mismo número otro muy importante que lleva por título *Caminos ideales* que es a no dudarlo, por las ideas bellamente expresadas una joya de Arte que viene a enriquecer el acervo de la literatura moderna.

jo científico publicado recientemente que recomienda mucho a su autor, el Dr. James Zetec quien ejerce las cátedras de Ciencias Naturales e Higiene en el Instituto Nacional.

El profesor Zetec trata magistralmente el asunto y expone en un estilo claro y sencillo que es el de la Ciencia, las causas y el desarrollo de esta terrible plaga. Lástima grande que este trabajo no pueda ser conocido de nuestros maestros en particular y de nuestros conciudadanos en general por la sencilla razón de que está escrito en el idioma majestuoso de Shakespeare y de Poe. El Gobierno, previo permiso del autor, debiera traducirlo y repartirlo gratis, principalmente en las ciudades de Panamá y Colón donde a menudo un caso de fiebre bubónica eriza los pelos de terror a los pacíficos habitantes; sin lugar a dudas, de este modo se cortaría el mal de raíz, pues al desaparecer las causas tendrían forzosamente que desaparecer los efectos. Por otra parte, ya es

«The Ecologic of the Bubonic Plague». — Así se titula un traba-

tiempo que comprendamos que es mil veces mejor evitar las enfermedades que curarlas, cuando éstas causan estragos en los individuos.

—
«El Auxiliar del Maestro».— También se encuentra en nuestro poder «El Auxiliar del Maestro», libro del cual son autores los señores Gaillermo Méndez P. y Luis Tapia E. Nosotros que oficiamos en el altar de Minerva, muchas veces hemos tenido que recurrir a él para consultar asuntos importantes que se relacionan con la preparación de lecciones, y en honor a la verdad debemos confesar, que ha sido para nosotros este libro, una verdadera guía que nos ha conducido sin tropiezos por el intrincado laberinto de la Pedagogía. Todo maestro debe tenerlo en su pequeña biblioteca.

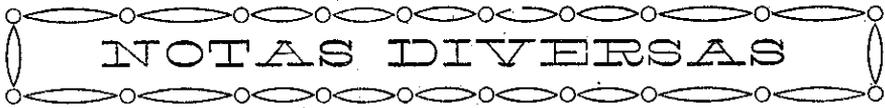
—
«Juegos Florales».— He aquí un libro que hace mucha honra a la intelectualidad patria por los trabajos de mucho mérito en él publicados. De las páginas de esta obra vigorosa y sana surge un hermoso tributo de admiración y de aprecio a la Madre España siempre gloriosa, que ha dejado iauros de inmarcesibles recuerdos en estas tierras ubérrimas de París y de Panquiaco.

«En el ambiente moral de los países de América — como muy bien dice el Dr. Alfaro — flotan y se entrecruzan dos corrientes de ideas bien caracterizadas. Una de ellas es de origen político y

económico. La otra es esencialmente espiritual. Aspira la primera a la unión estrecha de todos los países libres del Nuevo Mundo, a fin de asegurar su libertad política y el desarrollo de su comercio: es la corriente del pan-americanismo. Su fundamento político es la doctrina Monroe. Su base económica forman el enorme desarrollo industrial y comercial de los Estados Unidos y las posibilidades ilimitadas de la tierra virgen y generosa que como bella promesa para la humanidad se extiende desde las márgenes del Río Grande hasta las aguas bravías del Estrecho de Magallanes. La otra corriente es la del hispano-americanismo. Es la que tiende a la unión espiritual de todos los países americanos de origen latino con la madre España. La que pugna por conservar y estrechar los lazos eternos de la raza y de la lengua. Su fundamento es la comunidad de instituciones, de sentimientos, de costumbres y de idiosincrasias.»

Este libro servirá para destruir los prejuicios que contra Panamá tienen algunos escritores, por fortuna de poca nota, que como Fr. Candil y Vargas Vila, se han dado a la tarea de vilipendiarlos en sus obras.

En los trabajos en prosa del concurso descollaron los intelectuales Octavio Méndez P. y J. de la Cruz Herrera; en la poesía salió premiado con la flor natural el laureado bardo don Enrique Geenzier.



NOTAS DIVERSAS

PARA celebrar solemnemente la «Fiesta de la Taza» la Sociedad Cervantes se reunió en sesión extraordinaria a iniciativa del señor Presidente Demetrio Porrás. Llevaron la palabra además del señor Presidente los distinguidos socios Rodolfo Bermúdez, Julio Prieto, Arturo Dubarry y Darío González, quien recitó una bella poesía al 12 de Octubre. Clausuró el acto de manera elocuente el socio honorario don Feliciano Quirós Q.

LA revista «Preludios» presenta a la señorita Catalina Bernasconi el más sentido pésame por la muerte de su hermano.

EL día 5 de los corrientes partió para Nueva Orleans, el distinguido condiscípulo Luis Prieto, a continuar sus estudios. Dada la inteligencia y el interés del amigo Prieto, podemos asegurar que los esfuerzos de sus padres no serán frustrados.

LA «Sociedad Cervantes» se reunió en días pasados para nombrar nueva Junta Directiva la cual quedó integrada por los socios Antenor Quinzada, Rodolfo Bermúdez, Arturo Dubarry, Ser-

gio González, Menalco Solís y Joaquín Franco, para Presidente, 1er. y 2º Vicepresidentes, Secretario, Subsecretario y Tesorero, respectivamente. Dicha nueva Junta tomó posesión de su cargo el día 1º de Noviembre. Felicitamos a los nuevos dignatarios por el honor conferido, y les auguramos una labor progresista en su administración.

RECOMENDAMOS al Magisterio Nacional el «Auxiliar del Maestro», libro de utilidad práctica para las escuelas primarias, que ha visto la luz pública hace poco tiempo.

ADVERTIMOS a nuestros suscritores que el valor del trimestre que se vence en Enero se cobrará por adelantado.

Rogamos a los suscritores de la ciudad y del interior, que aún no han pagado siquiera el primer trimestre, que se sirvan hacerlo lo más pronto posible.

SENTIMOS sinceramente que la señorita Manuela M. Díaz se encuentre enferma. Hacemos votos por su pronta mejoría.

ENFERMAS

que padecéis anemia, clorosis, irregularidades del sexo,
debilidad del organismo, etc., tomad

Hipofosfitos Salud,

y veréis que este poderoso reconstituyente hará des-
parecer vuestros males.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS

Agente en la República de Panamá:

Gervasio García.



LUCIANO SANCHEZ

Yo hago mis compras
en la casa de
LUCIANO SANCHEZ N.
Ventas al por mayor y menor
ALMACEN CALLE 13 ESTE N° 21
SUCURSAL AVE. CENTRAL N° 9 A

The illustration shows a woman with a bun hairstyle and a necklace, standing behind a counter. On the counter are various kitchen items: a large pot, a smaller pot, a teapot, a bowl, and a glass. The background is simple, with a few decorative elements.



“Hablen otros del gobierno del mundo y sus monarquías, mientras gobiernan mis días mantequilla y *Pan tierno* y en las mañanas de invierno naranjada y aguardiente.”

(GONGORA.)

SERVICIO DE SALON

de las 5 a. m.
hasta
las 11 p. m.

CAFE,
CHOCOLATE,
LECHE,
FRESCOS,
etc.

Intelectuales
id. a

LA TAHONA

ESPECIALIDAD en dulces finos, torres para bodas,
y arreglos para Pascuas

AVENIDA CENTRAL. Nº. 55

TELEFONO 909